

si solo hubiese cedido al deseo de mirar á la hermosa jóven.

Desprendiase del encapotado celaje una menuda lluvia, y era el viento pesado y frio á pesar de ser la estacion de los calores.

Cubria Gaston á Schamsul-Ilemal con el ancho al- maizar cuidadoso como una madre, y de vez en cuando, al tiempo que las nubes se rasgaban dando paso á la luz de la luna, la contemplaba con ansiedad.

El letargo de la niña era cada vez menos profundo; sentiala Gaston agitarse entre sus brazos, y al fin escuchó algunos entrecortados y débiles suspiros.

Gaston detuvo por un momento su caballo, y descubrió á la jóven; la impresion del aire y el frio de la lluvia la tornaron en sí.

El capitan dió un grito de alegria al sentirla agitarse ya despierta, y ella pretendió apartarse espantada de sus brazos.

—¡Gaston! ¡Gaston mio! ¡socorro! exclamó creyéndose aun en poder de Sidy Alhamar, ¡sácame de aquí, me van á matar!

El jóven se estremeció. —Soy yo, la dijo, ¡amor mio, yo, tu Gaston; ¡no tiembles!

Schamsul-Ilemal reconoció la voz del capitan, y sé asió á él aterrada.

—¡Sácame de aquí! le dijo, ¡estas paredes me sofocan! ¡dame mi talisman! ¡él nos sacará de esta tris- tísima torre! ¡Oh! ¡tengo miedo!

Gaston tuvo mas fe en la influencia mágica del ta- lisman que en sus palabras, le sacó de su seno y le ciñó al cuello de Schamsul-Ilemal.

El resultado fué admirable ; la niña se estremeció en un movimiento poderoso ; semejante al del que lanza de sí un sueño apenador , miró en torno suyo, reconoció á Gaston, aspiró el aire impregnado de la humedad del ambiente y de los aromas campesinos, y tornó su infantil alegría y sus delirios de amor, y su sonora voz gritó como otras veces en los momentos de su felicidad.

— ¡Corre, Gaston mio! ¡corre! mas aprisa, que el viento agite mis cabellos junto á tus cabellos, que se confundan nuestros alientos, ¡corre! ¡corre!

El enamorado mancebo aguijaba su corcel, que avergonzado del castigo redoblaba su carrera, suelta la rienda, y cubierto de sudor.

Y como entonces la niña caprichosa y loca le decia:

—Para Gaston y descendamos; esta enramada es sombría, y ese arroyo murmura dulcemente; bajemos.

Gaston detuvo su corcel, puso en tierra á Schamsul-llemal y descabalgó; entonces la niña corrió y resbaló.

—Ha llovido mientras dormia, dijo; y se ha encapotado el cielo ¡Oh! ¡y que sueño tan horrible! ven, ven, sientate junto á mí y te lo contaré.

Schamsul-llemal fué á sentarse, y dió un agudísimo grito; habia puesto su mano sobre un objeto horriblemente frio y pegajoso; la luna rompiendo entonces con mas fuerzas las nubes, la dejó ver en ella manchas rojas y á sus piés, y en torno y mas alla, cadáveres humanos.

Se habian detenido en el mismo sitio donde la batalla se encarnizó con mas furor, y Gaston reconoció

los colores de los peones moros, cuya sangre manchaba aun el hierro y el pendoncillo de su pica.

Arreció el viento, y las nubes impelidas y arremolinadas por el, pasaron negras y fatídicas sobre el campo de batalla, gimiendo al embate de las ráfagas, como escuadrones de réprobos que miraban sombríos aquel campo de sangre.

El cielo apareció diáfano en grandes espacios entre los rotos nubarrones, y tendió la luna sobre la tierra su argentina luz.

Schamsul-llemal se estremeció, corrió á un arroyo, y se lavó las manos.

—Vamos de aquí, exclamó, el ángel esterminador ha pasado por estos lugares.

Gaston la refirió en pocas palabras la batalla, su entrada en la torre de Bib-Ataubin, y su salida con ella de aquel paraje fatal.

—¡Oh! no era un sueño, exclamó la jóven, cuanto ha acontecido por mí, es verdad; ¡oh! ¿y dónde me llevas ahora, Gaston mío?

—Al real de mis reyes, contestó Gaston; allí serás respetada, por que te mirarán como mi prometida, si consientes por mi amor en abrazar la religion de Cristo.

—Yo soy cristiana, dijo la jóven, y me llamo Isabel; si, tú serás mi esposo; se ha cumplido mi destino y puedo seguirte, Gaston, al real de tus señores.

—¡Al real! exclamó el capitan enajenado de alegría.

Y puso sobre el arzon á Schamsul-llemal, cabalgó, y partió á la carrera al ya cercano campo de Santafé.

—¿Quién vá? gritó poco despues la voz de un atalaya.

—Capitan de caballos de Sus Altezas, contestó deteniéndose Gaston.

Un ginete adelantó con la lanza baja y á media rienda; el jóven dejó caer á la espalda el capuz del almaizar, y la luna reflejó en su semblante; el que abanzaba dió un grito de alegría al reconocerle.

—Primo Gaston, exclamó levantándose la visera.

—Garci Perez, primo mio, contestó Gaston cruzando con él su caballo, y tendiéndole la mano.

—¿Cautiva traes, capitan? observó Garci Perez de Vargas, reparando en Schamsul-Ilemal.

—No, sino esposa, contestó Gaston; este es aquel brillante sol de la apuesta, primo, y por el nombre de mi padre, que quien pretenda colocarse entre él y yó, ha de probar la punta de mi pica.

—¡Loco! exclamó Garci Perez, vé pues: nuestro padrino el conde de Tendilla, te espera con ansiedad, y el rey ha notado con enojo tus continuas escapadas del real. Conduce esa dama á la tienda de la princesa Isabel, y... ¡al real! capitan Gaston, ¡al real!

En aquel momento se oyó otro ¿quién va? del atalaya, y la carrera de un ginete por la parte de Granada.

Un moro plantó al mismo tiempo su caballo ante los de los dos capitanes, y ondeó en señal de paz un pendoncillo blanco.

—¿Qué quieres, infiel? le dijo Garci Perez.

—De la poderosa sultana, madre del poderoso rey de Granada, contestó el moro en mal castellano mostrando un pergamino enrollado á Garci Perez, para el conde de Cabra.

Garci Perez tomó el pergamino, y el moro sin

otra palabra mas tornó grupas, y á rienda suelta se dirigió á Granada.

—He aquí un mensaje singular, observó Garci Perez de Vargas; y bien, primo, una vez que te dirijes al real, ¿por qué no evitar á uno de estos valientes una carrera?

Gaston tomó el pergamino, que estaba sellado con cera encarnada, estrechó la mano de su primo, y entró en el real tras haber sufrido otro escrupuloso reconocimiento.

Santafé estaba silencioso, sus calles desiertas, parecia que el ejército estaba entregado al sueño, y sin embargo, en las anchas y lejanas penumbras podian distinguirse las masas de escuadrones cerrados, al pié de los caballos y apoyados en las picas.

De tiempo en tiempo algun capitán armado hasta los dientes rompía el silencio al rechinar de su armadura y se perdía tras la puerta de alguna solitaria tienda.

Gaston á pié, llevando del brazo Schamsul-Ilemal y el caballo de la mano, atravesó gran parte del real y llegó á otro círculo mas animado, mas despiertos y de tiendas mas ricas, pajes, escuderos, palafreneros con alguna descarriada doncella, platicaban alegremente á sus puertas.

Gaston llegó hasta el centro del real, y á la puerta de una tienda sobre la cual cruzó su partesana un soldado.

—¿Duerme ya Su Alteza la princesa doña Isabel? Asomó á punto un viejo escudero.

—Está en la tienda de Su Alteza la reina, capitán Gaston, le contestó reconociéndole.

El jóven siguió adelante y á través de guardas, caballeros y pajes, llegó hasta la tienda real.

—Capitan Velasco, dijo á uno de los caballeros que estaban de guarda, demanda audiencia para un asunto importante á Sus Altezas en nombre del capitan de caballos Gaston de Vargas.

El viejo soldado lanzó una mirada maliciosa á Schansul-llemal que estaba enteramente cubierta por su velo, otra al traje árabe del jóven, y entró en la tienda. Poco después tornó.

—Sus Altezas te conceden audiencia, capitan, le dijo.

Gaston arrojó sus riendas y su pica á un soldado, levantó el tapiz de la tienda y entró con Schmsul-llemal.

En el fondo de ella, sentadas en sillas de alto respaldo en un retrete formado de tapices, multitud de damas, ocupadas en labores mujeriles, estaban en torno de otra ya de edad madura, de semblante noble y grave aunque dulce, vestida con un severo traje negro y cubierta la cabeza con una toca.

Esta mujer, ante la cual se inclinó Gaston doblando una rodilla, y tras el cual se inclinó tambien Schamsul-llemal, era la reina doña Isabel I de Castilla, que se ocupaba en bordar una tela de brocado de oro.

Apoyado en el sillón, armado de punta en blanco, habia un caballero departiendo con una hermosa jóven, que ociosa é indolente se reclinaba en el sillón próximo al de la reina.

El jóven era el príncipe don Juan, hijo de los reyes, la dama la princesa de Portugal doña Isabel.

Hablaban en voz baja, la reina callaba, y sus da-

mas guardaban un silencio respetuoso, que se alteró empero al penetrar en la tienda Gaston y Schamsul-lemal.

Gaston besó la mano que le presentó afablemente la reina, y sin levantar la rodilla, dijo á la princesa doña Isabel.

Nueve dias han trascurrido, señora, la dijo, desde que prometí á Vuestra Alteza sacar de Granada un sol, y el sol está aquí.

Dicho esto, alzóse y presentó á la reina y á la princesa á Schamsul-lemal que echó atras su velo.

La reina, adusta y severa siempre, no pudo contener su admiracion ante la hermosura y la juventud de la niña, y la princesa, arrastrada por un movimiento simpático, se levantó, la asió de las manos y la contempló sonriendo, satisfecha, mientras las damas murmuraban, dando rienda á la femenil envidia.

—¡Oh! sois un cumplido caballero, Gaston, exclamó la reina, tenéis tiempo para arremeter en nuestro servicio como un rayo de muerte contra los infieles, para recoger presas reales en los palacios de nuestros enemigos y para robar á su amparo la mas hermosa de las damas granadinas.

—¡Oh! si, muy hermosa, dijo la princesa; ¿cuál es su nombre, capitan?

—Isabel, contestó en buen castellano Schamsul-lemal anticipándose á Gaston.

—¡Cristiana! observó la reina, ¡castellana tal vez! ¡oh! ven, ven niña, la dijo llevándola consigo hácia otro apartamiento de la tienda, y vos, capitan, id; yo me encargo de vuestra prisionera.

Inclinóse Gaston y Schamsul-lemal siguió á la rei-

na, no sin cambiar con el jóven una ardiente mirada de amor.

La princesa sorprendió aquella mirada.

—¿Os amais? dijo sonriendo y recatadamente á Gaston.

—¡Oh! señora, es mi porvenir, dijo el jóven, y á Su Alteza la reina y á vos, señora, confio mis esperanzas.

—Id descuidado, Gaston, dijo la princesa tendiéndole la mano.

Besóla el jóven é iba á salir, cuando penetró en la tienda un caballero en la flor de su edad, de grave y severo continente, cubierto de una armadura milanesa.

Detúvose ante él Gaston, le saludó, sacó de su escarcela el pergamino de que era portador.

—Dispensadme, señor, le dijo, pero debo entregaros estas letras que ha traído para vos de Granada á las primeras atalayas, un moro.

Este caballero era don Diego Fernandez de Córdoba, conde de Cabra.

Tomó el pergamino, miró el sello encarnado y palideció.

—Esperadme, capitan Gaston, le dijo, fuera de la tienda.

El capitan salió, el conde de Cabra se apartó por cortesía á un lado y rompió los hilos de seda que enrollaban el pergamino; dentro de él venia otro mas pequeño escrito con tinta azul en pequeños caracteres árabes, al paso que el primero escrito en castellano, decia:

«Cristiano: mi hija, segun acabo de saber por el



rey mi señor, mi hija, que como sabes he llorado tantos años creyéndole muerta, es conducida á Santafé por un capitán cristiano á quien ama; que Su Alteza, olvidando el odio que como reinas y enemigas nos separa, sea una madre para la hija que Allah en sus iras aparta de mi regazo.—*La sultana Aixa.*»

La palidez del conde creció, y trémulo, conmovido, se dirigió á la princesa Isabel.

—Así Dios bendiga á Vuestra Alteza, señora, la digo, ¿podreis decirme donde se halla Su Alteza la reina?

La princesa dió á besar su mano al conde, y le indicó el apartamento donde Isabel de Castilla habia entrado con Schamsul-llemal.

El conde se lanzó sin otras palabras hácia él, levantó el tapiz y entró con gran admiración del príncipe don Juan y de las damas que lo tuvieron á desacato, y tanto mas cuando á poco oyeron sollozos, el crugir de la armadura del conde como al dejarse caer sobre un sitial, besos reprimidos, y una voz entrecortada que exclamó:

—¡Hija mía!

Necesaria fué la autoridad de la princesa para reprimir el escándalo y las murmuraciones de las damas, que inclinaron las cabezas sobre sus labores y se restableció el silencio.

Y así pasó una hora; al cabo de ella oyóse junto al tapiz la voz de la reina que dijo con imperio:

—¡Mis damas!

Dejaron cuatro de ellas sus labores y entraron; media hora despues levantóse el tapiz, y apareció la reina llevando de la mano á Schamsul-llemal, precedida del conde de Cabra y de sus damas.

Schamsul-llemal habia sido despojada de su túnica oriental, y sobre sus redondas formas se ajustaba un traje de terciopelo negro; las trenzas de sus cabellos habian sido deshechas, su peinado, semejante al de la reina, estaba cubierto por una toquilla de brocado con borlas de perlas y sobre su seno pudorosamente cubierto hasta el nacimiento de su cuello, pendia el precioso collar mágico de brillantes.

Parecia haber ganado la hermosura de la niña con aquel severo atavío; la blanca de su tez, realzada por el negro color de sus ropas, era imponderable, sus ojos relumbraban como luceros, y sus cabellos, rodeando en anchos pabellones su semblante, afrentaban el brillo del oro de su toca.

El conde de Cabra la contemplaba estasiado, y la reina estaba visiblemente conmovida.

Todos los circunstantes se levantaron como previendo un acaecimiento solemne, y la reina dijo en alta voz á los pajes que velaban en la puerta:

—Haced entrar al señor capitán Gastón de Vargas.

Instantáneamente el jóven entró y dobló una rodilla ante la reina, conteniendo un grito de admiración, causado por el cambio operado en Schamsul-llemal.

Esta estaba también conmovida y silenciosa.

—Alzad, capitán, le dijo Isabel, la reina de Castilla os nombra su escudero; y os dona seis mil maravedís en arras de vuestro enlace con la infanta doña Isabel de Granada, de cuyo dote nos encargamos.

Y señaló á Schamsul-llemal.

Vos, don Diego Fernandez de Córdoba, conde de Cabra, decid al rey de Aragón mi señor, que mañana, después de la misa, apadrinada por mí y por

mi hijo el principe don Juan, será bautizada por nuestro confesor don fray Hernando de Talavera, la prometida del capitan Gaston de Vargas. Que Dios os guarde, caballeros.

Tras esto, el conde de Cabra y Gaston besaron la mano á la reina, y salieron, el jóven loco de alegria, y el conde pensativo y conmovido.

El capitan montó á caballo, corrió á su tienda, y solo alli con su pensamiento pasó una noche de insomnio y de delirio.

El conde de Cabra entró al par en la suya, despidió su servidumbre, y se puso á leer el pergamino escrito en árabe.

«Cristiano, decia: la sultana Aixa te ama aun, te vé en sus sueños y ruega á Allah por tí; la hija de la sultana está en el real de Santafé y ama á un capitan de tus reyes: conozco á ese jóven, es noble, valiente, generoso y merece unirse á ella. ¡Qué se unan pues! Pero que ella ignore siempre de quien es hija.

«Estoy deshonrada; las pruebas de mi desdichado amor han sido presentadas al rey por los hijos de mi implacable enemiga. Ven á verme, cristiano, ven á verme esta noche. Un esclavo mio te espera en la fuente del Pino y te conducirá por lugar seguro hasta mí. Pero si está escrito que no podamos vernos, que al menos tu mano poderosa separe el odio de mis enemigos de sobre la frente de mi hija, que vivan lejos de ella, y que cuando Isabel de Solis, á quien tengo en mi poder, se presente á tus reyes sea desterrada al interior de Castilla, porque con ella vive la traicion. Adios, te espero.»

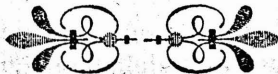
El conde guardó cuidadosamente este pergamino, y solo, sin paje ni escudero, montó á caballo salió del real, y se encaminó al sitio donde le citaba la sultana.

Al amanecer tornó, entró en la tienda de la reina, y no salió de ella sino para asistir al solemne bautismo de Schamsul-llemal.

Cuando llegó á los reales Zoraya, libre ya por la sultana Aixa, los reyes la recibieron con frialdad, y la confinaron á Guadix, prestando convenir así á su servicio.

Zoraya recibió el golpe y se arrepintió, aunque tarde, de haber hecho traicion al pueblo en que habia sido reina.

Ocho dias despues el capitan Gaston de Vargas vió realizados sus sueños al recibir por esposa de manos de los reyes á Schamsul-llemal, que desde aquel dia se llamó la infanta doña Isabel de Granada.





te un fantasma fascinador, radiante de hermosura, de ondulante túnica y cabellos impregnados de ambrosía; veíale en sus sueños, fingíasele en las caprichosas formas de las nubes, entre las hojas de las flores, en el fondo de las aguas, entre las tinieblas y á través de la luz; era un pensamiento fijo, insensato, superior en él á sus creencias, á su honor.

Y él, tan noble, tan valiente, tan leal, tan hermoso; él, por quien una reina hubiera suspirado de amor; él, último caballero del Islam en España, se consumía como una encina herida por el hacha del leñador, seca una á una las hojas de sus robustos brazos.

Llegaba la noche, y entonces, obedeciendo á un pensamiento fijo, bajaba á las caballerizas, arrojaba sobre las espaldas de Samyel su caparazon de batalla, cabalgaba en él de un salto, salía de la Alhambra, y á través del cerro de Al-baul, se lanzaba á toda carrera sobre el camino de la Azubia, llegaba á su alcázar, ataba su caballo al laurel, y subía al retrete que había ocupado Schamsul-Ilemal.

Y allí, sobre aquel divan que todavía guardaba la huella del cuerpo de la joven, desvelado, loco; con el rostro unido al sitio donde ella solía sentarse, pasaba una tras otra noche de lágrimas y desesperación.

Una alborada, la del día veinte y cinco del mes que llaman agosto los cristianos, tornaba el emir á Granada.

La mañana era diáfana; el sol inundaba con vapores dorados la ciudad, la vega y los distantes horizontes; Muza detuvo su caballo en la cumbre de un collado y miró con los ojos arrasados de lágrimas á Granada.

—Oh! ¡desdichada ciudad! exclamó, ¡paraiso de los fieles! ¡hermoso kan de Occidente, donde el mozo cansado respira aura de vida, si de cruzar acabá los arenales de Africa! ¡Granada de rubies! ¡perla del Islam! ¡sin mi funesto amor! oh! no profanaria el cristiano tus alcázares, ni secaria la sed de su garganta el agua de tus fuentes!

—Oh! ¡pero yo no lo veré! continuó con acento conmovido. ¡Tu caerás, ciudad de las maravillas, pero contigo caeré yo, y mi nombre quedará escrito con sangre, ignorado y desconocido bajo los escombros de tus alcázares!

Muza inclinó la frente, y por un movimiento de desesperacion y de valentia, levantóla colorada por el furor, y tendió su poderosa vista sobre la vega en direccion al real de Santafé.

Entonces, ya cercana, vió levantarse en el camino de la villa de Armilla una nube de polvo, su despierto oído percibió clamor de trompetas, y luego un lejano y confuso rumor causado por la carrera de muchos caballos.

El emir ocultó su caballo entre un tallar, y á pié, recatándose, bajó junto al linderó del camino de la Azubia, se ocultó á la orilla de un arroyo entre una espesura de juncos y espadañas, y esperó.

No tardó mucho en oirse mas cercano el galopar de los caballos, y luego, como impulsado por el torbellino, pasó junto á Muza un escuadron de cristianos entre una nube de polvo.

Muza reconoció á su frente al duque de Cádiz, trás él, entre Gaston de Vargas y el conde de Cabra, la reina Isabel de Castilla sobre una hacanea, en otra

la infanta doña Juana, y entre las damas una mujer que arrancó de su garganta un grito, perdido por su fortuna entre el rudo galopar de los caballos.

Era Schamsul-llemal, deslumbrante, hechicera, radiante de felicidad, rigiendo con su delicada mano, envuelta entre las hacaneas de las damas, un fogoso potro cordobés.

—¡Oh! ¡aun es tiempo! exclamó el enamorado Muza; la reina será buenas rehenes para Granada, y ella, ¡oh! ella volverá á dormir en mis alcázares.

Pasó en tanto el escuadrón cristiano, y Muza salió recatadamente de entre las espadañas, llegó al tallar, desató á Samyel, saltó sobre su espalda, clavó los acicates en sus hijares, y partió veloz como un rayo en dirección de Granada.

En tanto los cristianos llegaron á la Azubia, sorprendieron á los pocos soldados que la guardaban, y la reina, la infanta, Schamsul-llemal y las damas, acompañadas de Gastón, del duque de Cádiz y del conde de Cabra entraron en la espesura de laureles; después de haber puesto atalayas avanzadas en torno de la villa.

La reina, escitada por la relación de Schamsul-llemal de la hermosa vista que desde allí presentaba Granada, trazó una travesura real (1), y acompañada del príncipe don Juan, de la infanta doña Juana, de sus damas, entre las cuales iba Schamsul-llemal, y de los principales caballeros del real, con mil y doscientas lanzas mandadas por el duque de Cádiz, llegó al fin á fijar sus ojos la ciudad enemiga.

(1) Palabras originales de Bermúdez de Pedraza: *Historia Eclesiástica de Granada*.



Y en verdad que nunca ensueño tan hermoso había halagado su pensamiento de reina conquistadora; los resplandecientes Alijares con sus cúpulas altísimas, la Alhambra con sus torreones rojizos, y su alcázar cubierto de pizarras doradas, que lanzaban destellos de fuego heridas por el sol, la alcazaba con sus fuertes muros y sus altivos cipreses, el cerro Al-baul cubierto de higueras de Túnez, sobre las que descollaban los cedros de Palestina y las palmeras de Africa, las vertientes de las colinas cubiertas de blancas casas, entre las cuales flotaban las verdes frondas y los vistosos jardines; al pié de esto la vega, tendida á los piés de la ciudad, y surcada por rios y acequias, como una alfombra de mil colores con pasamanos de plata á los pies de una dama; y luego las distantes sierras perdidas en vapores fantásticos, tras las cuales se levantaba un cielo azul como el zafiro, iluminado con la luz de los ojos de Dios; todo esto era un espectáculo nuevo, maravilloso, que estasiaba á la reina y la hacia suspirar por el día en que su pendon ondease sobre aquel castillo que guardaba como un vigilante atalaya aquel jardin de delicias.

Y si la reina se retiraba un momento del agimez y fijaba la vista asombrada en los alicatados del retrete, en sus tapicerias de seda y oro, en su alfombra de Persia, en sus divanes de púrpura, en sus labores de oro y azul, en su cúpula de cedro, ébano y nácar, ansiaba posar sus ojos en los maravillosos aposentos de la Alhambra, ó en las caladas galerias del palacio de Dar-la-roca (1).

(1) De la Novia.

Pero de repente el grito de ¡alerta! seguido del de ¡á las armas! de los atalayas penetró en el retrete; la reina palideció, las damas se desmayaron, Schamsul-Ilemal corrió á la reina, y los condes de Tendilla, de Alcaudete, y de Montemayor se pusieron en forma de pelea, con los rostros vueltos á Granada, mientras el duque de Escalona, el conde de Ureña, don Alonso de Aguilar, y Gaston de Vargas con algunos soldados asistian á la reina, desnudas las espadas, y los pajes y escuderos, que tenian la yegua de la reina y las hacaneas de las damas, se ocultaron medrosos en lo mas espeso del bosque de laureles. (1)

Muza, con seis mil ginetes y dos bombordas, restos de la rota anterior, habia salido de Granada con la velocidad del relámpago y se habia lanzado rabioso, con sed de vengar cumplidamente el ultraje pasado sobre la Azubia.

La reina ordenó al duque de Cádiz procurase evitar el venir con los moros á las lanzas, pero no fué posible; Muza se lanzó como el vendabal sobre los cristianos; crugió la artilleria, una nube de sangriento polvo voló sobre la Azubia, y los cristianos, apretando los puños y las picas, lidiaron con el valor de la leona que defiende su cubil.

Por tres veces Muza se abrió paso entre las enhiestas lanzas hasta el alcázar, y por tres veces el genio enemigo de su fortuna, lo rechazó dando maravilloso brio á las espadas castellanas; por tres veces al sentir tan cercano el alarido del combate, prometió la reina á San Luis, santo de aquel dia entre los na-

(1) *Aun se señala hoy por tradicion el sitio donde estuvo durante la batalla la yegua de la reina.*

zarenos, edificar un convento en aquel mismo sitio, si la libraba de sus enemigos.

Y la pelea seguía encarnizada; gemía el aire, herido con los furiosos golpes, temblaba la tierra bajo los disparos de la artillería y los piés de los caballos, y todo era gritos, lamentos, golpes y confusión.

Al fin el destino, enemigo del emir, dió la victoria á los cristianos, cuando el sol se ponía tras los montes de occidente entre ráfagas de sangre, desvandose la caballería, perdieron las bombardas, quedaron muertos por tierra seiscientos moros, y con pérdida de mil cautivos, Muza tornó á Granada defendiéndose como un león hasta sus puertas y perdiendo con su última esperanza la honra y el amor.

Estaba escrito; Granada debía caer, y los crímenes de sus reyes traían sobre ella el terrible castigo de Allah.

Vinieron las sombras y con ellas mas escuadrones al mando de Gonzalo Fernandez de Córdoba.

Tornóse á su arrimo en órden de pelea la reina con sus damas al real de Santafé, habiendo pagado con un terrible susto el placer de haber visto á Granada á los primeros rayos del sol desde uno de los collados mas rientes de la vega, y un alcázar, bello como los sueños de los hijos del desierto.

Tal fué el funesto fin de la batalla de la Azubia, tras la cual, pocos meses despues, debían abrirse á los soldados de la Cruz las puertas de Granada.





P.C. Monumental de la Alhambra y Generali  
**CONSEJERÍA DE CULTURA**

**Con este postrer revés de la fortuna menguaron de todo punto las esperanzas de los musulimes, al paso que crecía el ánimo de los cristianos.**

Muza, desesperado ya de todo auxilio, vencido por una, dos y tres veces, encerrado ya por su mala ventura en el último recinto de su destino, ni acudía á nada, ni pensaba en otra cosa que en morir como cumplía á su linaje, el mismo dia en que la bandera de Ismael fuese lanzada por el conquistador de las almenas de la alcazaba.

Hasta entonces, si bien el enemigo asentaba su real á la vista de Granada, habia quedado espedita

la comunicacion con las Alpujarras, y se recibian abundantes mantenimientos de toda la comarca de Jebel-Solair (*Sierra Nevada*); pero llegó la luna de muharran (1) y Gonzalo Fernandez de Córdoba estrechó el cerco, tomó todas las avenidas, y los habitantes, encerrados dentro de sus muros, empezaron á sentir el hambre, padecimiento cruel á que por la bondad del suelo no estaban acostumbrados, y que debilitando sus ánimos les hizo pensar en avenencias con los enemigos.

Rasgóse entonces el velo que cubria durante mucho tiempo miserables traiciones, supo el pueblo que su mismo rey trataba de la entrega y se desalentó; reunióse el consejo, y en vano Muza les apostrofó poniéndoles por delante el amor de la patria, la fe de muslimes y el honor de caballeros.

Todo se habia perdido; estaba escrita la ruina de Granada y se cumplia.

Una noche el capitán Gonzalo Fernandez de Córdoba, el secretario Fernando de Zafra y otros cinco caballeros cristianos entraron por una mina en la Alhambra; y encerrados en la torre de Comares hicieron secretamente las capitulaciones de la entrega de la ciudad.

Amaneció el día fatal de la deshonra de Granada.

El ejército vencedor avanzó hasta las márgenes del Genil, y Abou-Abdallah vino á prosternarse ante sus señores los reyes de Castilla y á entregarles aquella ciudad que no debia haber perdido sino con la vida.

Noviembre.

(1) 11 de Noviembre.

Después, con las lágrimas en los ojos y la pena en el corazón, cabalgó al frente de sus últimos cincuenta caballeros, y tomó al escape como si hubiera pretendido huir de su deshonra, por el camino de las Alpujarras.

Era entonces el punto del día en que el sol empieza á descender en la estación de los frios dos horas antes de oración de almagreb (1).

El desdichado rey aguijaba su caballo temeroso de escuchar el grito de victoria de los cristianos; pero de repente hendió los aires el estruendo de la mosquetería, el son de las trompetas, el redoble de los atambores y el alarido de todo el ejército vencedor; el desdichado tornó involuntariamente los ojos á su Granada, y sobre la alcazaba sus ojos svelados por lágrimas vieron tremolar los pendones cristianos.

Lo que estaba escrito se cumplía; la bandera del Islam habia sido rota por los campeones de la Cruz.

Y aguijó el rey desterrado y vencido su corcel, y avistó á su familia dándole alcance en el repecho del alto del Padul.

En su cima se abria una estrecha quebradura, desde donde se alcanzaba á ver por última vez á Granada; el rey descabalgó, miró por postrera vez su alcázar, inclinose y exclamó con el rostro unido á la tierra, el corazón desgarrado y los ojos llenos de lágrimas:

—¡Allah-Kuakbar! (2).

—Si llora como una mujer, le dijo con desprecio.

(1) Las tres de la tarde.

(2) ¡Grande y poderoso Dios!

cio la sultana Aixa ; llora, ya que no supiste defender tu reino como hombre.

La desesperacion, la vergüenza, el dolor secaron las lágrimas en los ojos de Abou-Abdallah, cabalgó en su caballo, le arrimó furioso los acicates y el bruto se lanzó con tal ímpetu á la carrera que dejó señaladas sus herraduras en la roca como hasta hoy se parecen.

El rey y su comitiva se perdieron al fin á lo lejos entre las neblinas de la tarde.

Desde aquel dia los moros, en memoria de esta tristísima despedida, llamaron á aquel ojo de lágrimas del alto del Padul Feg-Allah-Kuakbar, y los cristianos el Suspiro del Moro.

Y antes de que el conde de Tendilla tremolase la enseña de Castilla y Aragon sobre las torres de la alcazaba cuando el ejército vencedor avanzaba á través de la vega, en la cumbre de la cordillera del cerro del Sol, inmóvil como una estatua de hierro, se veia un ginete sobre un caballo inmóvil tambien, con las orejas enhiestas y la vista fija en el ejército cristiano.

El hombre era Muza Ebn-Abil-Gazan, y el valiente corcel Samyel, el leal compañero del emir en el peligro y en la desgracia, el inteligente animal que parecia presentir el dolor de su dueño, y que como él tenia la mirada fija y centelleante en la vega.

El emir, con la boca seca y entreabierta, los ojos áridos y rojos, el pecho agitado por una respiracion

violenta, pálido, desencajado, con la pica fuertemente apretada entre sus manos, permaneció inmóvil, silencioso, sin apartar la vista del ejército que avanzaba en paso de arremetida; pero cuando vió abrirse las puertas de la torre de los Siete Suelos y salir al rey Abou-Abdallah, cuando su wisir Ebn-Comija entregó las llaves de la ciudad al conde de Tendilla, entonces un grito terrible, amenazador, insensato, brotó de su garganta, sus ojos rodaron ferozmente en sus órbitas, blandió en el aire su terrible pica, y apretando los acicates á su corcel, gritó:

—¡Samyel! ¡Samyel! ¡tu que eres veloz como el rayo, vuela! ¡vuela hácia ellos! ¡ha llegado la hora de morir con la patria! ¡vuela! ¡vuela!

Y el corcel se tendió á la carrera, devoró el espacio, y se lanzó como una saeta en direccion á la Alhambra.

Pero parecia que á medida que Samyel avanzaba, la Alhambra, la ciudad, la vega huian con doble velocidad: una neblina opaca, oscura, se desplegaba entre ellos y los ojos de Muza, y al fin la niebla lo envolvió todo.

Y el emir apretaba con nueva furia los hijares de Samyel, y Samyel volaba exhalando relinchos de dolor, y Muza gritaba entregado al frenesí de su alma:

—¡Samyel! ¡Samyel! ¡á ellos! ¡vamos á morir! ¡vuela! ¡vuela!

Y Samyel, el generoso animal, volaba á pesar de su cansancio; volaba con los hijares cubiertos de sangre, dejando tras sí un rastro de blanca espuma, y desherrados los cascós.

Al fin su carrera fué menos rápida; como una sae-



ta pierde la fuerza lanzada á larga distancia, y cayó muerto de fatiga á los piés de su señor, que habia descabalgado sintiéndole desfallecer, y siempre hasta su último momento, fiel compañero de su señor, fijó en él su postrer mirada.

Muza contempló un momento á Samyel con amargura, arrojó sobre él su pica y su espada, y adelantó entre los sepulcros de un sombrío bosque.

Era el mismo donde habia penetrado algunos meses antes con el corazón lleno de fuerza y de esperanza; el mismo de donde habia salido pensando en la salvacion de su patria.

Delante dél andaba un hombre negro, envuelto en una túnica de púrpura, ceñidos los cabellos con una corona de fúnebre ciprés y una espada rota en la mano.

Muza, siguiendo á aquel hombre, llegó al alcázar de los muros negros y las almenas de diamante, abrióse la puerta á su llegada, y entraron en el retrete octógono, cuyos muros estaban cubiertos de inscripciones sangrientas y trofeos de guerra.

Muza se estremeció; estaba en el alcázar de los Siete Siglos; cada uno de los ancianos dormia reclinado en su divan, teniendo al lado su espada sangrienta y desnuda.

Entonces pasó por la mente del emir su desventurado amor, que le costaba su patria y su gloria; sus ojos se llenaron de lágrimas, y aun allí en la tremenda hora de su juicio, todo palideció en él ante el recuerdo de Schamsul-llemal.

El hombre que le habia precedido, se adelantó hasta el centro del retrete, y exclamó con voz severa.

—¡Despertad, hermanos míos, despertad!  
Los siete viejos se pusieron de pie, y empuñaron sus espadas.

El pendon de la cruz, dijo el octavo hermano, ondea sobre las torres de la Alhambra, y la bandera del Islam ha sido rota antes de que yo pueda plantar mi laurel en la colina de la Azubia.

Los siete viejos vieron á Muza, y adelantaron hasta él, estrechando el círculo con las espadas de punta, hasta tocar su cuerpo.

—¿Qué has hecho del poder que te dimos? le dijo el mas viejo con voz atronadora.

—Le he perdido, contestó Muza sin estremecerse ante las espadas.

—Vas á morir, le dijo con acento terrible el viejo.

—Eso deseo, contestó Muza con un acento desgarrador, pero que sea entre los cristianos, á la luz del sol, que todos sepan que he muerto por mi patria.

—¡No! contestó el viejo; sin tu insensata pasión tú hubieras vencido á tus enemigos; hubieras alcanzado al fin el amor de Schamsul-llemal, hubieras sido feliz y poderoso, la historia hubiera guardado tu nombre en su libro de oro, y nosotros hubiéramos besado en la boca á nuestra madre en sus alcázares de perlas de los mares.

Y como si el recuerdo de tanto bien perdido hubiese sido una señal de muerte, los siete viejos hundieron sus espadas en el pecho de Muza, que cayó pronunciando el nombre de Granada, y Schamsul-llemal.

Todo estaba concluido.

El ruido atronador de unas potentes alas aterró á los

ocho hermanos. Estremecióse el aire, derrumbóse el alcázar, y el arcángel Azrael envolvió retronando en el extremo de su túnica á los ocho siglos y al infortunado Muza; cruzó los aires envuelto en el torbellino, y soterró los nueve cadáveres bajo el laurel de la Azubia.

Algunas noches, cuando el aguacero y la tempestad azotan las torres de la Alhambra, suele verse á la luz del relámpago, un ginete árabe que corre en torno de ella.

Es Muza Ebn-Abil-Gazan que aguija á su corcel Samyel y le grita:

—¡Samyel! ¡Samyel! ¡á ellos! ¡vamos á morir! ¡vuela! ¡vuela!

Pero todo desaparece, y solo se escucha allá á lo lejos entre los gemidos del torbellino, una voz doliente que se pierde murmurando.

—¡Granada! ¡Schamsul-Ilemal! la Alhambra y Generalife

Pero desde entonces los cristianos gozan á Granada, y aun los ojos del árabe lloran en su destierro.

Desde entonces la voz del mueden no llama á los fieles á la oracion, y solo se escucha el clamor de la campana en el templo cristiano.

Alabanza á Dios que ensalza y humilla á los poderosos; á él, que es solo, inmutable sobre todas las cosas, de cuya voluntad penden los reinos y los orbes, y cuya justicia rige los destinos humanos.



## EPÍLOGO



P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife  
CONSEJERÍA DE CULTURA

JUNTA DE ANDALUCÍA

Hemos concluido nuestra leyenda, de lo que por cierto no nos envanecemos, y no escribiríamos una palabra mas, sino previésemos que puede existir alguno de nuestros lectores que sino lo decimos en letra de molde nos pregunte: «¿Qué fué de esto? ¿qué fué de aquello?»

El convento se elevó sobre las ruinas del alcázar de Muza, junto al laurel que hoy llaman de la Reina, con la advocacion de San Luis, y de la órden de San Francisco poco tiempo despues de la conquista de Granada.

Gaston de Vargas y Schamsul-llemal, con el nom-

bre de doña Isabel de Granada, vivieron felices lo que Dios fué servido, protegidos por el talisman maravilloso (se ignora que se haya hecho de este talisman), y la voluntad de la sultana Aixa fué cumplida á par que su venganza, puesto que Gaston creyó siempre que su mujer era una hada bajada para él del sétimo cielo, y que Zoraya, ó si mejor parece Isabel de Solis, murió dos años despues de la conquista de una fiebre lenta, maligna y estraña.

Por aquel tiempo el rey Abou-Abdallah vendió al de Castilla los estados que este le habia concedido en las Alpujarras, pasó á Africa con su familia y murió algunos años despues en batalla en el vado de Bacuba del rio Wadilswa, defendiendo al rey de Fez Ahmet-Ebn-Merini contra dos jerifes rebeldes.

En cuanto á los infantes Sidy Yahye y Sidy Alhamar se bautizaron el uno con el nombre de don Fernando y de don Juan el otro, y al fin, cansados de la inutilidad de sus esfuerzos, dejaron su venganza contra Schamsul-llemal y Gaston, como dejo yo la pluma azás cansado y poco satisfecho de mi obra. Vale.

**FIN.**

## OBRAS DE VENTA

EN LA IMPRENTA Y LIBRERÍA DE D. J. ZAMORA.

*Reales.*

<i>Historia de Granada, Jaen, Málaga y Almería desde los tiempos mas remotos hasta nuestros dias, por D. Miguel Lafuente Alcántara. 4 tomos en 4.º</i>	96
<i>Ibberia ó Granada, memoria histórica desde su fundación hasta el presente, por D. José Hidalgo Morales, 1 tomo de 400 páginas, 8.º mayor.. . . .</i>	20
<i>Manual del Viajero en Granada, por D. Miguel Lafuente Alcántara: segunda edicion.. . . .</i>	18
<i>Manual del Artista y del Viajero en Granada, por D. José Gimenez-Serrano. 1 tomo. . . . .</i>	10
<i>Allah-Akbar (Dios es grande), tradiciones granadinas, por D. Manuel Fernandez y Gonzalez. 1 tomo 8.º mayor, edicion de lujo. . . . .</i>	10
<i>Allah-Akbar (Dieu est grand), légende des traditions du siège et de la conquête de Grenade, par D. M. Fernandez et Gonzalez: édition économique. 1 fr. 50 c.</i>	
<i>Crónica de la conquista de Granada, por Wasigton Irving. 2 tomos 8.º . . . . .</i>	16
<i>Historia de la rebelion de los moriscos en las Alpujarras, por Hurtado de Mendoza. 1 tomo 8.º . . .</i>	12
<i>Tradiciones Granadinas, por D. J. J. Soler. 1 tomo.</i>	20

### *En prensa.*

*Crónica de los Reyes Católicos, por el bachiller Bernaldez, cura que fué de los Palacios, manuscrito rarísimo y muy apreciado por ser de un escritor erudito contemporáneo de los Reyes.*